



LA INTÉRPRETE DE HIROSHIMA

©*La intérprete de Hiroshima* • QUI-067014

Wladimir Chávez Vaca

Esta publicación fue seleccionada ganadora en la categoría «novela infantil o juvenil» de la Convocatoria Infantojuvenil 2024 de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, junto con la Prefectura de Pichincha. El comité editorial estuvo conformado por Francisco Puente, Verónica Vacas y Vilma Vargas.

Fernando Cerón

Presidente de la Casa de la Cultura
Ecuatoriana

David Larriva

Director de Publicaciones y Editorial

Paola Pabón

Prefecta de Pichincha

Christian Pino

Director de Cultura y Patrimonio
de la Prefectura de Pichincha

Edición:

René Gordillo Vinuesa

Diseño y diagramación:

Tania Dávila

Diseño de portada:

Joseph Tunki

Ilustraciones de guarda:

Ivi Dervishi

Texto de guardas:

Fragmento de la novela *La intérprete de
Hiroshima* - traducción propia

Primera edición

ISBN: 978-9942-34125-9

Impresión:

Dirección de Publicaciones y
Editorial de la CCE



Casa de la Cultura Ecuatoriana

Benjamín Carrión

Av. Seis de Diciembre N16-224 y Patria

Tel.: 252 7440

www.casadelacultura.gob.ec

Quito-Ecuador, 2025



**PREFECTURA DE
PICHINCHA**

Prefectura de Pichincha

Manuel Larrea N13-45 y Antonio Ante

www.pichincha.gob.ec

LA INTÉRPRETE DE HIROSHIMA

Wladimir Chávez Vaca

QUITO - ECUADOR
2025

*A la memoria de Vinicio Chávez Cueva,
César Chávez Aguilar y Carlitos Borsting.
La luz que dejaron no se apagará jamás.*

Hiroshima, 1945

Las alarmas que anunciaban un ataque aéreo sonaron dos veces durante ese 6 de agosto: la primera, transmitida por radio y megáfonos, ocurrió poco después de la medianoche. La segunda, a las 07h09 de la mañana, fue más grave —de alerta amarilla—, pero en ambos casos la señal se desvaneció sin consecuencias y los habitantes de Hiroshima se prepararon para una jornada común y corriente. La expresión «común y corriente» encerraba una dolorosa ironía: no había nada de común en la vida cotidiana de los japoneses durante el verano de 1945. Miles de ellos luchaban en el Frente del Pacífico y, quienes se habían quedado en las urbes o campos, cumplían funciones específicas: se trataba de maestros, agricultores, policías o trabajadores sanitarios. Oficialmente, no había clases y los niños más pequeños habían sido evacuados a templos budistas o sintoístas, mientras que los adolescentes laboraban en fábricas o limpiaban los escombros en demoliciones ordenadas por las autoridades.

Los aviones estadounidenses bombardeaban con intensidad las ciudades japonesas, pero Hiroshima había permanecido prácticamente intacta. El padre jesuita Pedro Arrupe, quien había llegado a Japón en 1938, recordaba que antes de ese nefasto 6 de agosto, solo una bomba había caído en el centro de la ciudad, sin causar heridos y provocando daños insignificantes. Aún existía la esperanza de que los Aliados no destruirían Hiroshima, de que enfocarían su atención en otros objetivos militares. Algo parecido al optimismo envolvía a los habitantes de la ciudad, la mayoría de los cuales ya no corría a los refugios en las colinas —que Arrupe recordaba como oscuros y húmedos— cada vez que sonaban las alarmas de un posible ataque aéreo. Además, era conocido que la aviación estadounidense bombardeaba las urbes con docenas y docenas de aviones simultáneamente, por eso

resultó peculiar que a las 08h15 de ese 6 de agosto solo se dejase ver un bombardero B-29. Otros dos aeroplanos se mantuvieron fuera del campo visual, atentos a lo que estaba por venir. El infierno se desató 43 segundos más tarde: la bomba formó en el aire una bola de fuego 10 veces más brillante que el sol y, soltando un rugido jamás escuchado en guerra alguna, explotó por encima de las cabezas de los habitantes de Hiroshima.

Seiko Komatsu ni siquiera debía haber estado en la ciudad. Tenía nueve años y ya era un huérfano para cuando cayó la bomba. Aunque, las autoridades habían ordenado la evacuación de todos los niños hacia templos en áreas rurales, Seiko aún vivía con sus abuelos, quienes se habían negado a separarse de aquella criatura que lo significaba todo en sus existencias. Aquel día la explosión que sorprendió al pequeño no le dio ni tiempo de asustarse. En un momento estaba camino a su cuarto para tomar la *beigoma*, esa peonza que en manos de su abuelo bailaba con gracia sin par, pero un segundo después estalló el mundo y todas las *beigomas* que giraban en Hiroshima se detuvieron para siempre. Se sintió flotar en el vacío, reposar en una oscuridad absoluta, y cuando creía que ya habitaba el reino de los muertos, cuando estaba convencido de que le había llegado la hora de conocer el sagrado rostro de los espíritus *kami*, un timbre agudo lo sacó de su error. Se sentó, sacudiéndose la cabeza como si se librara de algún mal pensamiento. Tenía los párpados pastosos. Sus labios, abiertos a medias, habían dejado una pequeña marca de saliva sobre el piso rugoso, ahora lleno de polvo. Trató de incorporarse a medias sobre el *tatami*, apartando los pedazos del muro que se había venido abajo y que por puro azar no lo habían sepultado vivo, pero entonces notó una herida en la pierna izquierda. Se pasó mirando como hipnotizado esa sangre que chorreaba silenciosa, hasta que apareció su abuelo unos segundos después, con un corte en la frente y una expresión inusual en la mirada, como si guardase para sí alguna horrible certeza.

Aunque para Seiko esa certeza era que sus vidas ya estaban condenadas, lo que mortificaba al abuelo era otra cosa: la suerte de su mujer, la abuela de Seiko, que esa misma mañana había ido a otro barrio para una consulta

médica. Ambos ignoraban su destino. Limpiaron sus cortes lo mejor que pudieron, improvisaron unas vendas y, camino a uno de los refugios, se horrorizaron ante esos sobrevivientes que deambulaban sin norte, algunos de los cuales parecían haber perdido por completo la razón, como si la intensidad del sufrimiento les hubiera instalado la locura. «¿Acaso vive mi abuela?», se repetía Seiko una y otra vez.

Miyoko Matsubara era una niña de 12 años que trabajaba junto a otras 500 alumnas de su escuela en la limpieza de escombros. Habían sido destinadas a un sitio cercano al puente de Hijiyama en el que se estaban demoliendo, controladamente, un grupo de casas. Las autoridades japonesas habían aprendido que los ataques aéreos provocaban más daño por los incendios posteriores que por las bombas en sí, por lo que decidieron despejar algunos puntos en el centro de la ciudad, creando zonas libres que evitaran la propagación del fuego y ofrecieran a los heridos una vía de escape. Tras las demoliciones resultaba imperioso limpiar los escombros, así que cientos de estudiantes fueron destinados a estas tareas. Eran las 08h15 de la mañana cuando una de las alumnas gritó: «¡Escucho un avión!» y las otras alcanzaron a divisar en el horizonte el destello de Izanami, la implacable diosa de la muerte. No hubo tiempo ni para la estampida. Lo siguiente que recordaría Miyoko, tras recuperar el conocimiento, era que todo se encontraba a oscuras. Cuando el aire comenzó a esclarecerse y consiguió ver alrededor, solo había escombros y metales retorcidos.

Tardó unos instantes en reconocer, en medio del murmullo desafinado de fondo, las voces de sus compañeras. Se inspeccionó a sí misma, descubriéndose semidesnuda, con el uniforme hecho jirones en aquellas pocas partes en las que el calor no lo había consumido por completo. Sus brazos y piernas parecían haber sido frotadas con ralladores: le colgaban fragmentos de piel que dejaban al descubierto la carne rojiza de los músculos. El espanto la obligó a huir hacia el río, cuyas orillas ya albergaban a decenas de personas que, entre lamentos, buscaban en el agua algún bálsamo que frenase las hemorragias, que sanase los rostros ahora sucios por un tipo de polvo oscuro que era el testimonio de una masacre, del holocausto de una

ciudad. Miyoko describió esos gemidos, tiempo después, como similares al rumor de las olas, quizás porque el dolor que los humanos nos infringimos en la guerra sea tan antiguo como el mar mismo. En la orilla del río se encontró con una de sus amigas de colegio. Pudo reconocerla por la voz: la cara la tenía desfigurada. Bebieron unos pocos sorbos y sintieron pánico. Pánico de que los estadounidenses atacasen de nuevo, pánico de que un incendio se acercase a sus espaldas. Malheridas, se dieron modos para abandonar el lugar, separándose en el puente Kojin. Miyoko nunca más volvería a ver a su amiga.

Fueron miles los heridos que corrieron, desesperados, hacia las orillas del río Ota. Para muchos, el lugar se convertiría en su tumba. Cuando el padre Arrupe y su séquito escucharon los lamentos que subían desde el río, ya entrada la noche del 6 de agosto, supieron que la tragedia se ensañaría con los más débiles. El Ota formaba un delta con un mar interior y dentro de poco subiría el nivel de las aguas: muchos de los heridos, que a duras penas habían llegado arrastrándose hasta las orillas, se quedarían atrapados en el fango, sin energía suficiente para salir. Un testigo recordaría que, después de unos pocos días, los cuerpos estaban tan hinchados que se habían vuelto dos o tres veces más grandes de lo normal. Otro superviviente dio fe de que había tantos cadáveres flotando que resultaba difícil distinguir la superficie del agua.

Cierto joven, que había buscado refugio en las aguas del Ota, notó a una mujer que yacía a su lado. Se encontraba herida, igual que él, pero era una víctima diferente: estaba a punto de dar a luz. Entre chillidos rogaba que la ayudasen, que por amor a lo más sagrado alguien salvara a su niño. Su alarido se levantaba por encima de los sollozos de los demás. El joven se propuso ayudarla. Con dificultad consiguió ponerse de pie: buscaría apoyo. Esquivó cadáveres y escombros hasta que la fortuna hizo que alcanzara un puesto de atención médica. Recibió un tratamiento precario para sus propias heridas, y luego se esforzó por convencer a la enfermera de turno y a un grupo de pacientes de que debían salvar a la mujer embarazada. Nadie estaba en condiciones de acompañarlo. Exhausto, se dirigió solo hacia los

márgenes del Ota. Su andar fue débil y, al igual que en el trayecto de ida, dejó atrás cadáveres y conatos de incendio. Finalmente, llegó a las orillas del río. ¿Qué encontró? Años más tarde contaría el final de esta historia a la activista Fumie Doi.

De hecho, no muy lejos de las orillas del Ota, Fumie Doi intentaba abrirse paso por entre los escombros. En esa época aún no le interesaba ningún tipo de activismo y, como la inmensa mayoría de japoneses, se había limitado a seguir las instrucciones del emperador. Fumie tenía 24 años y era parte de un grupo civil que solía reunirse en el edificio municipal, pero la bomba la encontró sola en su dormitorio. Había empezado los rezos matutinos a sus ancestros cuando escuchó una explosión que parecía surgir de las entrañas de la tierra misma y todo a su alrededor se vino abajo. Escapó milagrosamente y, a pesar de los cortes en su espalda, se propuso ayudar a quienes se encontraban peor que ella.

Fue en la colina de Hijiyama, casi al caer la noche, que Fumie descubrió a un pequeño acurrucado junto a una pared ruinoso. Chocaba ver una figura así de menudita: la mayor parte de los niños ya habían sido evacuados a templos rurales. Le acercó a la boca un recipiente con agua.

—Gracias, *Onee-chan* —musitó el pequeño.

Onee-chan o «hermana mayor» es una expresión cariñosa usada por los japoneses para dirigirse a mujeres desconocidas. Con dificultad, el chico estiró su brazo derecho: buscaba rozar algo caliente y vivo. Así lo entendió ella y permitió que sus dedos se tocaran. Ambos sintieron un cosquilleo débil. «*Onee-Chan*, tienes sangre en los pies», dijo, inesperadamente, el muchacho. Luego, forzando una sonrisa, señaló sus propias sandalias: «Úsalas. No las necesito». Tras vacilar unos segundos, Fumie aceptó agradecida el ofrecimiento.

Volvió unas horas más tarde con las sandalias, algo de pan y una manta. Descubrió al pequeño junto al mismo cúmulo de cascotes. Un gesto suave le habitaba el rostro, parecía tocado por el sueño. Fumie pronunció una frase. No obtuvo respuesta. Depositó las provisiones en el piso y dejó que su mejilla descansara sobre aquel torso, sintiendo su propio cuerpo tensionarse,

volverse un oído que sondeaba en aguas profundas. Aguardó esperanzada por el tamborileo del corazón, por unos latidos espaciados y débiles.

No le llegó sonido alguno.

Se sentó con la espalda recta, dejando que su mano jugueteara unos instantes con los dedos del pequeño, y se mantuvo en silenciosa vigilia, luchando por contener los espasmos de tristeza que se acumulaban en el temblorcito de su mentón. Finalmente, con la voz quebrada, recitó sutras en honor al difunto.

Trondheim, 2018

Miércoles 21 de febrero

Querido Akihiro,

Te sonará raro, pero antes de nuestro encuentro llevaba unos días pensando en lo que era la lástima. La lástima que cargamos mujeres como yo, porque a nosotras hay que tomarse la molestia de conocernos, algo que no se permite en este mundo acelerado y podrido, mundo de instantaneidades. Y ahí se queda una, impotente, con todo el tiempo que le dedicaríamos a conocer y amar a otro. Como cuando tienes una buena mano de cuarenta, pero todo el mundo juega al póker.

Supongo que no sabes lo que es el cuarenta. Es un juego muy quiteño, si tienes naipes te lo enseño la próxima semana. Y sí, leíste bien: la próxima semana. Ya compré el *ticket* para Hiroshima, nos veremos el martes. Ahora ya no puedes echarte para atrás.

En tu último mensaje me has preguntado de qué huía. No, lo que te dije aquí, en Trondheim, no era metafórico. En verdad huía de algo. De alguien, más bien. Y eso se relaciona con tu otra petición, esa curiosidad que sientes por mi experiencia como intérprete legal. Te puedo adelantar que no se parece mucho a tu antiguo trabajo, porque ser intérprete en escuelas u hospitales es otra cosa, lo sé porque hace tiempo yo misma tomaba encargos así. Lo legal pertenece a una naturaleza distinta. Te lo digo

usando una comparación botánica: aunque se parezcan, son árboles de otra especie, como el cerezo y el guindo.

La verdad es que estoy escondiéndome de un maldito loco, pero para que me entiendas bien, debo hablarte de algo ocurrido hace cuatro años. Y primero debo explicarte lo que es la pecera. Llamo «la pecera» a ese cuarto que funciona como apéndice en la sala de juicios: una simple cabina de cristal, donde nos sentamos las intérpretes —normalmente somos dos—, con auriculares y micrófono.

Como podrás suponer, para entonces mi noruego ya era excelente, llevaba más de dos años en Oslo, no tenía título oficial, pero desde el principio había tomado clases intensivas de lengua, paralelas al máster de Ibsen, y mi supervisora había recomendado mi nombre para algunos trabajos. A veces me llamaban desde la estación de Grønland, otras veces iba directo a los tribunales. El interrogatorio al que me refiero ocurrió previo al juicio. Además del hombre arrestado —aquí lo llamaré simplemente como el Camionero—, estábamos presentes un policía y yo. No puedo decirte el nombre del Camionero, me lo prohíbe la cláusula de confidencialidad, pero sí puedo describirlo: era un cerdo. Puedo contarte también que era ecuatoriano. Desde el principio él sospechaba algo sobre mi propio origen. Cuando me preguntó dónde había nacido, no pude mentirle: le confirmé que éramos compatriotas.

Me sonrió feo. Fue la primera vez que me sentía así de mal en una de mis visitas a la cárcel. Creerás que soy rara, pero cuando voy allá, pienso que me gustaría quedarme una temporada. Entre esos muros gruesos hay un silencio calmo, medio noble incluso, que la invitan a una a echarse una estancia, pero justo ese día flotaba en el ambiente algo indefinido, algo medio perturbador. El tipo dijo que nunca antes había estado en prisión, y puse sus palabras en noruego pensando que eran mentira, que sus tatuajes delataban excesos y vicios. Contestaba confiado, medio altanero incluso, como si fuera un capo de la droga, cuando en realidad no era más que una mula: «En dos viajes te ganas 50 mil euros. ¿No lo harían, en serio?», y nos miró alternativamente.

Te digo la verdad: sentí tambalear mis principios. Por mi mente rodaron las imágenes de oscuros anhelos materialistas: algo de Gucci, el departamento con balcón de Åsgårdstrand con vista al fiordo, la travesía veraniega en crucero por el Sudeste Asiático. Pero fue solo un instante y, cuando volví al mundo, el solo hecho de verlo sentado con esa falsa sonrisa suya me provocó escalofríos. Habló del viaje que había empezado en Barcelona y que terminaba en una cárcel de Oslo. Mencionó un par de contactos suyos. Ese día, eso fue todo.

Luego lo volví a ver, ya desde la pecera. Durante la pausa nos cruzamos de casualidad. Ambos salíamos de la sala. Debes saber que nosotros, la plebe, tenemos nuestra propia puerta de entrada y salida del tribunal, pero el juez tiene una que es exclusiva. Bueno, íbamos a salir, frente a mí caminaba una mujer policía y detrás venía el Camionero, quien me saludó. Cuando traté de advertirle de que nos estaba prohibido hablar, me interrumpió con un gesto. Entonces escuché una petición suya, la cosa más estúpida del mundo. «Dile que es una mamacita rica», me dijo, señalando a la mujer policía. La agente se dio la vuelta y me preguntó qué es lo que estaba pasando. Nerviosa, transmití lo ocurrido.

La otra le dedicó una mirada asesina: no se le movió ni un músculo de la cara, hasta a mí se me heló la sangre. El Camionero, como el sinvergüenza que era, le devolvió una sonrisa. Conozco a sujetos de su calaña. Si se hubiera caído a un pozo, habría buscado agarrarle los pechos a la rescatista que intentaba ayudarlo. Y cuando terminamos ese día, cuando dejé la pecera y me aprestaba a abandonar la sala, me alcanzó su grito: «¡Tú tampoco te ves tan mall!».

Por ese entonces yo estaba saliendo con el somalí que luego fue mi marido. Es intérprete, igual que nosotros, y como a lo mejor has escuchado su nombre, tampoco te lo voy a poner aquí. En esa época no me parecía muy atractivo, pero una vez testificó ante un tribunal y gracias a su valentía me nació el amor. Te explico. Unos meses antes habían contratado a un colega suyo para acompañar a una chica somalí a una cita médica. Se trataba de una dolencia muscular, nada grave, pero la muchacha aprovechó la visita